





LAS MENTIRAS  
DE FRANK



Jordi Yáñez

LAS MENTIRAS  
DE FRANK



Primera edición: junio de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jordi Yáñez

ISBN: 978-84-17961-12-1

ISBN digital: 978-84-17961-13-8

Depósito legal: M-21164-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España





## INTRODUCCIÓN

Frank es un chico de 25 años muy tímido, y, por describirlo más claramente, le ha faltado un poco más de cocción antes de nacer, ¡pero así fue la cosa! Salió justo en el peor momento que pudo salir.

Agraciado físicamente y deseado por muchas mujeres hasta que compartían cinco minutos de charla con él, y se escapaban corriendo.

Era demasiado vergonzoso; nunca sabía qué decir ante una mujer, y cuando se lanzaba, un tímido tartamudeo le hacía parecer perder todas sus expectativas de ligue. Dejando claro que no era por su inteligencia, pues de eso no le faltaba un ápice, solo que no la sabía explotar, así que de mucho no le servía ni de niño, ni de adolescente, ni ahora. Es más, la escondió tan adentro durante su infancia y su adolescencia, que ni sus profesores ni padres la supieron ver.

No cabe de más decir que el cariño en su casa no fue su mejor baza. Desde bien pequeño, seguramente por la separación de sus padres, un tanto conflictiva y tirante, (aunque más que un tanto, se podía definir mejor como siete tantos), tuvo que aprender a aislarse en sí mismo y saber que la confianza y la seguridad eran cosas para los de otro mundo.

Aun así, fueron pasando los años sorteando tantos obstáculos como días tenía cada uno de esos años.

Llegó a sus 25 primaveras, no; a sus 25 inviernos. Consiguió ponerse las pilas en sus estudios con la ayuda del psicólogo del instituto, el único que creía en él. Consiguió una muy buena nota para poder iniciar su sueño: ser profesor de instituto.

Y ya con su carrera de magisterio acabada, después de ser como la oveja perdida de toda la facultad, en la soledad, y un poco del apoyo de su padre, pudieron celebrar el final de su carrera con una pizza cuatro quesos en el comedor de su casa, los dos solos.

Eso sí; es muy importante para él que, a sus 25 años, continuaba siendo virgen.

# Capítulo 1

## El accidente

Un siete de abril de un día soleado, todo parecía perfecto: carrera acabada, soledad sola, sin que nadie ponga trabas, problemas los justos, una vida al día, al día en atrasos y atrasos en diversiones, pero sí que estaba claro que era el principio de una nueva vida, una vida diferente de lo que verdaderamente Frank se merecía.

Una escuela privada estaba interesada en él para poder dar clases a sus alumnos de Bachillerato, algo que él no veía muy claro todavía por motivos de preparación en su fortaleza psicológica. Pero, por difícil que le pareciese, estaba obligado a hacer un esfuerzo para no dejar escapar esta oportunidad.

A falta de tan solo 15 minutos para su ansiada entrevista, tendría que acelerar más el paso si quería llegar puntual a su cita para dar una muy buena imagen de sí mismo, algo que no solía fallar en él, siempre que los nervios no traicionasen su tímido tartamudeo.

¡Perfecto! La Gran Vía libre de tráfico, y el semáforo de peatones en verde: estaba claro que eso era una señal.

A la altura del tercer carril de la derecha se acercaba a toda velocidad un todo terreno blanco; estaba claro que la conductora estaba más pendiente de su móvil que de la calzada, y no iba a ver su semáforo en rojo, y mucho menos al don nadie que cruzaba la calle. Fue cuestión de milésimas de segundo y millones de momentos los que hicieron falta para que el impacto del todo terreno contra Frank diera paso al principio de una nueva vida y al final de una historia aburrida.

Los 77 kilos de peso y el metro ochenta y dos de altura de Frank rebotaron por los aires, dando un impacto contra el cristal y el techo del vehículo, y volviendo a impulsarlo por los aires para caer contra el suelo de una forma totalmente descontrolada, hasta perder la fuerza en la inercia de la caída.

Tras un siglo de segundos y un mundo totalmente paralizado, Frank permanecía inconsciente en el suelo mutando el color de su pelo corto castaño al rojo intenso de la sangre.

La mujer del todo terreno permanecía oculta detrás del volante y de los restos del airbag, con la cara totalmente desencajada por todo lo que acababa de ocurrir. Una imagen del todo desoladora, de una mujer descompuesta, con la cara medio quemada del impacto del sistema de seguridad y con el pelo negro alborotado, como si acabase de meter los dedos en un enchufe.

En esos segundos, la Gran Vía ya no era lo que fue antes; estaba colapsada de vehículos parados y personas que corrían de un lado para otro gritando como posesos. El caos se había adueñado de aquel jueves siete de abril a las dos y treinta y un minuto de la tarde.

Mientras varias personas ayudaban a despojarse de su cinturón, cristales y resto del airbag a Laura, la mujer del todo terreno, otros muchos llamaban por teléfono: los más decentes al número de urgencias, otros menos decentes a sus familiares o amigos para explicar lo que habían visto, y alguno más morboso a la prensa. Y es que algunos humanos estamos hechos de un material tan viscoso que no deja fluir los sentimientos.

Frank seguía inconsciente, pero esta vez rodeado de gente preocupada por él, gente que sin conocerlo de nada, lloraba por su estado de salud y sufría por su vida. Solo un viandante que se presentó ante todos como Óscar y médico logró abrir hueco hasta llegar a Frank y convencer a los curiosos de dejar más espacio para facilitar el trabajo. Arrodillándose junto a él y colocando dos dedos en su cuello, pudo verificar ante todos que el hombre seguía con vida.

Con la ayuda de dos mujeres Laura corría tambaleándose hacia Frank; no le salían las palabras, tan solo balbuceaba un sinsentido

de oraciones que a juicio de cualquier oyente seguramente podía ser el ardiente deseo de que siguiese con vida. Se abrió un hueco como pudo entre la muchedumbre hasta llegar a tocar la espalda de Oscar: solo entonces pudo articular palabra.

—¡Por favor! Dígame algo bueno, por favor

Oscar se giró amablemente y, abrazándola para darle consuelo, le confirmó que a pesar de lo aparatoso del accidente, el hombre estaba con vida, aunque no en buen estado. Y acercándose a su oído, ya en voz baja, pudo comentarle que se había saltado el semáforo en rojo.

—Aunque todos sabemos que un error lo puede tener cualquiera, seguro que no ha sido queriendo, y a la vista está, ante todos los que estamos aquí, que ha reaccionado lo más humanamente posible.

Así que le recomendó que respirara profundamente y le hizo prometer que sería capaz de asumir con buen criterio que la culpabilidad no siempre significa ser despiadado y malévolo; hay culpables buenos e inocentes. Óscar estaba convencido que era una buena mujer que se había tropezado con un mal momento, nada más.

Laura se quedó callada unos segundos, y mirándole a los ojos a Óscar, en todo su silencio rompió a llorar, en un llanto vivo y desgarrante.

A lo lejos ya se podía oír alguna sirena que se acercaba al lugar del accidente. Mientras todo fuera del círculo de Frank se movía a gran velocidad, el interior del carro, cada vez más amplio, estaba congelado, a la espera de que los servicios de urgencias llegasen lo más rápido posible.

Al llegar a la zona cero, las sirenas dejaron de hacer ruido y dieron paso a otras sirenas que se volvían a acercar desde diferentes puntos. Mientras, un pasillo se abrió entre la gente para que un agente de la policía local llegara hasta Frank. Óscar se presentó como médico y testigo del accidente, e informó de tanto como pudo al agente.

Nueve minutos hicieron falta para que a las 14:40h apareciera la primera ambulancia. Tal y como llegó al destino, la gente

se disipó y acabó dispersada fuera de la calzada con la ayuda de la policía. El servicio médico atendía rápidamente a Frank, inmovilizándolo y siguiendo el protocolo marcado para estos casos, mientras escuchaban a Óscar, dejando claramente en evidencia que lo reconocieron como médico nada más llegar. En ese mismo momento otra ambulancia llegó, para, esta vez, hacerse cargo de Laura y de su ataque de ansiedad. Momentos de angustia que se pudieron vivir en pleno centro de la ciudad acabaron en una salida de ambulancias a toda velocidad en direcciones opuestas.

Óscar se quedó terminando de hablar con el policía, y unos minutos más tarde, después de entregar sus datos, ya agotado de tanto estrés, se despidió del agente y, dirigiéndose a la óptica que quedaba detrás de ellos, dobló la esquina orgulloso de su esfuerzo, pero derrotado por la injusticia de los hechos, sabiendo que fue testigo de cada segundo.

En el hospital todo era un caos: cuando llegó la ambulancia ya estaban desbordados de trabajo, pero aún así la atención a Frank fue inmediata. Al entrar la camilla por la puerta, ya todos sabían el trabajo que le tocaba hacer a cada uno. El box tres ya estaba preparado, todo surgía mecánicamente.

La doctora Sala ya estaba al corriente de todo lo sucedido y del primer diagnóstico del doctor Óscar Guatz, el prestigioso neurocirujano que acababa de fichar el hospital; un hombre de lo más interesante en el mundo de la medicina, ya que había sido un referente durante su carrera en la universidad por las ponencias que de tanto en tanto realizaba en todas las ciudades y por sus tres libros escritos a lo largo de estos años, libros que cualquier estudiante de este país tenía el deber de haberlos leído. Pero interesante también era, y mucho, como hombre en el mundo del deseo carnal. Con sus ya casi cincuenta años podía tener tranquilamente un sobresueldo de modelo, aunque, bien pensado, en casa siempre advirtieron que nunca se debe mezclar el placer con lo profesional, porque solo hay un trabajo en el mundo que tiene el deber de hacerlo; la prostitución.

Volviendo al tema principal, el doctor Guatz, al dar el primer balance, dejó avisado que en cuestión de un par de horas estaría en el hospital para atender personalmente a ese paciente, supongo que sería un reto para él recuperar a ese paciente por la situación de vivir el accidente en primera fila. Frank era un afortunado dentro de su desgracia, como afortunada iba a ser la doctora Sala, si Óscar le dejaba colaborar con él.

Entre sus pensamientos, Frank entraba en parada: eso la hizo reaccionar de inmediato y, con la ayuda de sus compañeros, lucharon lo que no está escrito para traerlo de vuelta; fueron los peores cuarenta segundos de su carrera, pero en la sala se respiró tranquilidad cuando Frank volvió a tener pulso.

Era hora de informar a los familiares del paciente, así que la doctora Sala quiso lavarse un poco las manos y la cara para refrescarse, después de la mala situación que acababa de vivir. Mientras se estaba lavando, no pudo evitar sentir los comentarios y las risas de sus compañeros: el paciente estaba totalmente empalmado, se ve que la parada lo había puesto cachondo, o bien que de lo cachondo que estaba había entrado en parada.

—¡Por lo menos si se nos va, se va contento!

La tensión se había esfumado después de este rato de risas, y entre tanto, ya saliendo por la puerta, la doctora que hasta ahora se había mantenido al margen de la conversación, se giró pronunciando:

—¡HIELO! Por si no os habíais dado cuenta, lleva un buen rato antes de entrar en parada en esa situación, así que apuesto por la opción de parada por estimulación excesiva.

Y sonriendo picarescamente salió por la puerta para informar.

Por megafonía llamaron a los familiares de Frank Rey: la sala estaba repleta de gente, pero solo dos personas se levantaron de inmediato nada más sentir el nombre. Una mujer de pelo castaño rizado, bañada en un mar de lágrimas, sentada justo al lado de la puerta. Le faltó tiempo para dirigirse a toda velocidad al apartado donde recibían los profesionales para dar información. En la otra

punta de la sala, un hombre de unos cincuenta y cinco años, corpulento y de pelo gris, se dirigió también hacia el apartado con la cara desencajada y a paso ligero. Ambos coincidieron en el mismo espacio, en silencio, cabizbajos y sin mediar palabra ni cruzar miradas. Poco tiempo pero intenso, para saber qué es de tu hijo.

Llegó la doctora Sala a la puerta, y, mientras se presentaba como neurocirujano, estrechándoles las manos les pidió que les acompañase a la sala privada para poder informar de la situación en la que se encontraba Frank.

—Inconsciente, sin ningún tipo de reacción, ni para bien, pero tampoco señal de empeoramiento; estable dentro de la situación. Puede ser que haya entrado en estado de coma, aunque no tememos por su muerte: solo cabe esperar que salga del coma lo más rápido posible para evitar ninguna secuela. Conforme pasen las horas iremos viendo su evolución. Pero lo más importante en todo este tema, y la parte buena, es que el mejor neurocirujano del país, Oscar Guatz, es el médico que lleva el caso de su hijo por decisión propia, ya que fue testigo del accidente y el que lo trató desde los primeros segundos.

Lourdes, la madre de Frank, cogió la palabra interrumpiendo la oratoria de la doctora.

—Doctora Sala, no se ofenda, pero lo que usted nos está diciendo no consuela a unos padres que quieren saber de verdad cómo está su hijo. El tiempo todo lo cura y lo sé, pero también sé por experiencia, que el tiempo también todo lo estropea, por tanto esperamos que la próxima vez que salga a decirnos alguna información, sea de verdad eso; información real que diga de verdad cómo está mi hijo.

Lucas, el padre de Frank, le quitó la palabra a su ex esposa para informar a la doctora.

—La mujer que ha hablado es la madre del paciente, mujer arrogante, que para no ponerse en evidencia ella sola, dice hablar por los dos, pero el resto de la vida yo no le importo una mierda. Yo, como padre, puedo entender que en la escasa hora que mi hijo

ha entrado por la puerta de urgencias, a ustedes no les haya dado mucho más tiempo a tener toda la información necesaria, así que no espero ningún tipo de garantías ni porcentajes de posibilidades, y estoy muy agradecido de que haya salido tan pronto a dar las primeras noticias.

La cara de Lourdes en ese momento se acabó de desencajar: se le hinchó el cuello como si de una amigdalitis se tratase, y conteniendo su ira, respiró tres veces hasta retomar el control y volver a la pena. Dio media vuelta y, sin tan siquiera despedirse de la doctora, se dirigió al mismo sitio donde estaba sentada, y simplemente lloró.

En ese momento a solas, Lucas aprovechó para informar a la doctora que estaban separados, que la relación entre ambos era pésima y complicada.

—Le pido disculpas por mi reacción, pero sé de sobra que si no la corto de esta forma usted hubiese acabado mal parada. Reconozco que, por el solo hecho de estar cerca el uno del otro, la batalla está asegurada. Aunque yo he callado y me he apartado muchos años, este caso tiene demasiada importancia como para no tomar cartas en el asunto.

La doctora entendió la situación de la pareja, como también pedía que entendieran la suya, y su deber era informar a los familiares de su paciente, a todos los que quieran escuchar y a todos a una misma vez. Por tanto, costara lo que costara, la situación era tan crítica como para aparcar las inmensas diferencias y remar en la misma dirección: la de tener un hijo en común.

—Entendido por mi parte —dijo Lucas—, pero me gustaría saber si podría ver a mi hijo.

A la doctora se le escapó una leve sonrisa, y mirándolo fijamente, solo le puso una condición.

—Solo se puede entrar de uno en uno, y les doy cinco minutos de tiempo como máximo, así que ustedes se lo reparten como les dé la gana, y elijan quién entra primero. Mientras, voy avisando para que lo tengan todo en condiciones: en media hora aproxi-

madamente un enfermero vendrá a buscarlos para que puedan ver a su hijo.

Lucas no dudó en ir a notificárselo a Lourdes.

—Puedes entrar a ver a tu hijo un par o tres minutos, no más —le informó de las condiciones que había puesto la doctora—, y sobre todo, te pido por favor que seas amable con ella, porque esto es un detalle personal, ya que el protocolo de urgencias no es este.

Al llegar la doctora Sala al box donde estaba Frank, los dos enfermeros estaban perplejos mirando bajo las sábanas. La doctora, ni corta ni perezosa, con toda la naturalidad que le caracterizaba, se limitó a preguntarles por el tamaño de su pene. De un salto, se incorporaron mirando a la doctora, los dos rojos como tomates y muertos de vergüenza. Solo pudieron salir del paso dando la explicación de lo que el paciente tenía liado bajo las sábanas.

—No solo conformándose en tener una erección de más de media hora, ha eyaculado de una forma insólita, ¿eso es normal en pacientes en coma?

—¡Verdaderamente asombroso! —repuso la doctora—, no hace falta acercarse a mirar bajo las sábanas; desde aquí se puede ver perfectamente la mancha. Mejor será que lo limpiéis todo bien rápido, porque en media hora vienen sus padres a verlo, y os recuerdo que después vendrá el doctor Guatz, y estas cosas mejor se las ahorramos, ¿no os parece? —y, volviéndose de nuevo hacia la puerta, les recordó que una vez eyaculan los hombres, el aparato se vuelve a su posición de descanso—. Aunque si le hubierais puesto hielo en su momento, la limpieza no haría falta.

Solo cincuenta minutos más tarde, cuando ya todo estaba en orden y los padres de Frank habían podido ver a su hijo, apareció por la puerta Óscar. Se acercó al pie de la cama y cogió el informe para leerlo detalladamente.

—¡Vaya, vaya, Frank! ¿Así que has tenido movida en este rato que te he dejado con mis compañeros, no?

Se acercó a la cabecera, se sacó la linterna, y justo en el momento de mirarle las pupilas apareció la doctora Sala, colocándose la

bata en modo perfecto. Saludó al doctor muy amablemente, y con un apretón de manos se presentó como la doctora Sala, la médico que había hablado con él por teléfono, y la encargada hasta ahora de Frank. Aprovechó el tirón para recordarle que en una ocasión habían coincidido en una conferencia en Barcelona.

—Buenas tardes Mónica; sé quién eres, y me acuerdo perfectamente de ti y de tu tesis, que deslumbró a todos los neurocirujanos veteranos de este país. Aunque creo recordar que en aquella ocasión tu pelo era rizado, y ahora lo sigues teniendo castaño pero liso. Quizás hasta mejor así —con un guiño de ojo.

Mónica se quedó boquiabierta. No solo se acordaba de su nombre, que lo podía haber leído antes de llegar; estaba claro que se acordaba de ella y de su peinado, detalle que no se puede refrescar en ningún documento, y de su tesis, que aunque dio mucho que hablar en el mundo de la medicina, no es lo mismo oír comentarios a que te lo diga una eminencia directamente.

Con la característica sonrisa de lado de Óscar, rompió el pensamiento de Mónica, y volvió a coger la carpeta de seguimiento y recordarle que alguien lo tenía que poner al día.

Fueron muchas cosas las que pasaron en esas dos horas desde que Frank había llegado al hospital; empezando por la parada, la erección, la estampa de los padres, la eyaculación, el hielo, la visita, y detalles sin tanta importancia. Tuvieron tiempo de llegar hasta la oficina para iniciar el papeleo del traslado de Frank a la unidad de cuidados intensivos, después de todas las pruebas pertinentes para hacer un balance detallado de los daños sufridos.

## Capítulo 1.1

### El sueño

En el momento fatídico del accidente, en un mundo paralelo a todo lo que estaba sucediendo, justo en el instante que cayó al suelo, Frank entró en un profundo sueño, como si de una realidad se tratase. Podía disfrutar de cada momento, contando que esto era mucho mejor que en la vida real, ya que si algo no le gustaba, podía deshacerlo y volverlo a soñar a su antojo: todo era como una vida virtual. Podía sentir cuanto pasaba a su alrededor y lo disfrutaba. Notaba que había gente que sufría por él, que se preocupaba sinceramente, que lloraba: por fin en 25 años sentía que él, sí, él importaba. A cada voz que sentía le gustaba poner una cara, y si no le convencía pues la volvía a cambiar. Disfrutaba tanto de ese momento que tiempo le daba a cambiar las caras, todos guapos, todos feos, uno con un ojo, otros con tres, caras de animales; un sueño dominado y controlado a la perfección.

Pudo sentir como un médico le hablaba, le tocaba. No quería despertar de su sueño, y mucho menos que ese hombre lo despertara.

Entre mucho alboroto y millones de voces, pudo sentir como una mujer, muy cerca de él, se preocupaba especialmente. Silencio. Un llanto ensordecedor: segundos de amargura para todos y felicidad para él.

Fue en ese momento que los sonidos se iban oyendo cada vez más lejos, se desvanecían en la oscuridad, en la distancia.

Un silencio absoluto, un fondo negro, una sola puerta de color azul: cualquier puerta podía ser mejor que todo negro, debería dirigirse a ella si en este nuevo mundo no quería ser el Frank que fue en el anterior. Seguro y firme a su decisión, abrió la puerta sin dudar.

Tras ella apareció una mujer muy hermosa, tal y como a él siempre le habían gustado: morena de pelo liso hasta el omóplato, ojos verdes y sonrisa dulce y cálida. Su cuerpo era lo más bonito que había visto nunca, no muy delgada pero perfectamente definida, atlética. Esta vez era todo tan perfecto que no habría que cambiar nada; tal y como salió del sueño se le quedó la imagen.

La chica lo miraba con su mano en la barbilla, estirando su dedo índice y volviéndolo a recoger, mientras le lanzaba besos sensuales, repitiendo el mismo juego una y otra vez. Solo pensar en cuánto le esperaba si se dirigía a esa mujer le hizo entrar en sudores, temblores; su primera vez, y con la mujer de sus sueños. No tenía que hablar para no reducir posibilidades, aunque estaba en evidencia que el trabajo duro ya lo tenía hecho: la conquista.

La chica estaba en ropa interior del mismo color de su pelo, todo era tan fácil.

Por un momento pensó en su posición, en como ella lo estaba viendo a él, así que pudo verse reflejado como si de un espejo se tratase y descubrir que él también estaba en ropa interior, algo que dejaba en evidencia el enorme calentón al que estaba llegando; pero si ella lo seguía llamando era porque le seguía gustando todo cuanto veía. Todo estaba preparado, y las condiciones eran las óptimas para librar la gran batalla, y esta vez Frank la iba a librar.

Avanzando poco a poco hacia ella, aparecieron de la nada una gran bandada de pájaros volando a toda velocidad hacia él. Chocaron contra su pecho, le provocaron un intenso dolor, pero estaba dispuesto a que nada ni nadie obstaculizara su primera vez, su primera oportunidad. Él seguía avanzando hacia la chica sin perderla de vista, ella lo seguía llamando, cada vez venían menos pájaros

hacia él, podía respirar con más facilidad, hasta que desaparecieron por completo del escenario.

Frank ya no era el mismo, luchó por lo que quería sin rendirse, llegó hasta la chica, tocó con sus dedos su cara, su cuello y sus hombros, tocó con sus palmas su torso, sus pechos, su vientre y su cintura, se acercó totalmente a ella, y tirando de su cintura, acercó todo su cuerpo contra él, sintiendo toda su piel encajada con todo su ser. Una boca húmeda inundó la suya; era sin lugar a dudas el mejor beso que había dado en su vida, o el único beso de su vida.

Mientras la besaba, sacó la destreza para desabrocharle el sujetador, separó ligeramente su cuerpo para dejarlo caer a sus pies, y volviendo a pegarse para sentir la presión de sus pechos, empujó con las palmas y los dedos hacia abajo por la espalda, deslizándose suavemente hacia la goma de la única pieza de ropa interior que le quedaba por sortear. Sus manos pasaron por dentro de la escasa goma que cubría el trasero de la chica, y mientras seguía besándola con una pasión desbocada, agarraba con fuerza los glúteos firmes y deseosos de esa gran mujer.

La chica también aprovechaba las distancias para disfrutar del cuerpo de Frank, con ligeros movimientos de manos tocaba cada centímetro de su espalda hasta conquistar el trasero que escondía detrás de sus calzoncillos, con las manos por dentro empujaba la escasa tela hacia abajo, con el deseo de hacerlo totalmente suyo.

El desenfreno se había apoderado de Frank. Con sus labios y su lengua recorrería el camino hacia el paraíso de esa mujer; podía sentir el suave aroma de su cuello cómo inundaba sus labios, mientras sus rodillas se iban flexionando en busca de una posición cómoda para abordar sus pechos uno por uno. Con una lengua cada vez más desbocada y sin límites, utilizó sus manos para dominar con más precisión el fantástico mundo que estaba explorando.

Cada centímetro de su piel, estaba repleto de mil sabores, el tacto de su cuerpo podía transportarle a cien mil paraísos terrenales, el sonido de su aliento encima de su cabeza, le enseñaba a disfrutar de cada milésima de segundo en la que estaba viviendo,

pues se dejaba llevar por eso, por su respiración, por su sosiego y por su deseo.

Ella le puso las manos sobre la cabeza, y empujándolo suavemente hacia abajo, consiguió que Frank descubriese que de su ombligo hasta la zona más reservada era otro mundo aparte. Lo notaba perfectamente, notaba como esa mujer iba estremeciéndose en cada centímetro recorrido, y ya de rodillas, con la ayuda de los dedos, empujó suavemente la tela que cubría la única parte de su cuerpo que le faltaba por ver, deslizándola hasta los tobillos. El resto del trabajo lo acabó ella misma con la ayuda de sus pies, lanzándolas hacia atrás...

Y así, con un sinfín de sabores y mil placeres, la chica siguió empujando un poco más hasta que Frank llegó a un paraíso inescrutable. Dejando las manos en su cabeza y cerrando las palmas agarró su cabello, y acompañó a Frank en cada movimiento para que no dejara de seguir el compás en su máxima excitación.

Después del primer orgasmo ella quería más, así que, estirando de su pelo hacia arriba, logró que fuese subiendo, recorriendo las mismas zonas aunque sin tanta distracción.

Una vez arriba fue ella a quien tocaba disfrutar de todas las zonas erógenas de Frank: podía sentir cómo en cada sensación de placer, su hombre lo reflejaba en su piel, haciéndole sentir ese escalofrío que provoca el máximo placer. Fue rápida en llegar a su zona más íntima, como rápida fue en despojarle de su ropa interior. Utilizó sus dos manos para abarcar el miembro viril y acompañarlo a la humedad más infinita.

Frank, con la boca abierta y gesticulando con la mandíbula de un lado a otro, dejaba escapar su aliento de una forma ruidosa y descontrolada.

La escena iba tomando cuerpo, tanto, que se acabaron fundiendo los dos en un solo deseo, en un solo movimiento controlado y dispuesto al unísono; una excitación conjunta que les hizo evaporarse en un goce abismal mancomunado, hasta desgarrar el escenario envolvente en fondo nubloso y dos gritos sonoros

que hicieron saltar cada gota de sudor, convirtiéndolas en mil pedazos de hielo, desvaneciendo la imagen en un blanco puro como la nieve.

## Capítulo 2

### El perdón

Desde detrás del cristal, todo era frío y lento; pasaban las horas y Frank seguía exactamente en la misma posición en la que estaba hace doce horas, inmóvil, y sin dar una mínima señal de querer despertarse. Hace unas horas el doctor Guatz y la doctora Sala estuvieron hablando con nosotros: nuestro hijo estaba en coma, y la única cosa que podíamos hacer era esperar o esperar.

Para estos casos, digamos que el tiempo no era precisamente nuestro aliado, pero sí que era nuestra esperanza, la única baza a tener en cuenta junto con nuestra paciencia, cosa que, para una situación como esta, combinado con una situación como la nuestra, era algo determinante a intentar dominar.

Según los médicos, si las cosas iban bien y todo sucedía rápido, tal y como ellos pronosticaban, en menos de dos o tres días se podrían presentar las primeras señales de recuperación, incluso alguna reacción corporal de nuestro hijo. Como mala noticia, si eso no se producía, entonces nadie estaba capacitado para asegurarnos ni fechas, ni estado, ni secuelas. O, por peor diagnóstico, ni despertar.

Mi ex marido no dejaba de caminar como un zombi, de un lado a otro del interminable pasillo; de vez en cuando se le podía oír hablando solo, repitiendo constantemente «y si... y si...» Solo en las veces que lo podía oír, cuando pasaba cerca de mí, en cuestión de casi dos horas, pude contar 77 «y si», habiendo perdido la cuenta en algunas ocasiones. La verdad, tengo que decir que desde que lo

conozco, nunca lo he visto tan preocupado y destrozado como lo estoy viendo ahora.

Quizás la doctora Sala tenga toda la razón, y este sea el momento de colgar el hacha de guerra y dejar de indiscriminarlo por todo lo que hace o dice. Reconozco que, durante todos estos años, he sido algo injusta, de hecho el enfado descomunal que tengo con él empezó desde que Frank nació. Se entregó profundamente a su trabajo para que en casa no faltara de nada, y eso, reconozco que se le daba muy bien, pues teníamos de todo, pero no lo suficiente para mí. A pesar de que no era un hombre que dedicara tiempo a sí mismo, puesto que nunca se relacionaba con amigos, ni copas, ni cenas, dedicaba demasiadas horas a su trabajo, sin contar que su hijo también necesitaba abrazos, sonrisas, más besos y palabras. Se acostumbró a que siempre fuese yo la que lo bañara, cambiara y paseara por el parque: demasiada rutina para una mujer como yo, acostumbrada a disponer de mi propio espacio. Los fines de semana, que para él solo eran los domingos, estaba demasiado cansado como para salir de excursión o para dar un simple paseo. Como cansado estaba siempre para practicar sexo, que las pocas veces que ocurría era por petición insistente de mi parte.

El tiempo jugó en mi contra, tras poco más de dos años de ser madre, conocí a Mateo, un hombre tremendamente sensual, que en ocho meses me dio todo aquello que más ansiaba. Así que, cuando creí que era el momento de cambiar de vida, se lo conté a Lucas; simplemente perdí una vida que seguramente hubiese recuperado con solo hablarlo y pactado con la persona que confiaba en mí, ya que estoy totalmente convencida de que él jamás me hubiese hecho la jugada que le hice yo.

Esa es la única verdad por la que nunca me lo he perdonado, fui una egoísta en buscar mi propia felicidad, sin pensar que era la misma de Frank y de Lucas. Busqué esa felicidad en los brazos de un hombre que estuviera lejos de mis problemas, de mi casa y de mi familia, disfruté todos los días y horas que encontraba libres con mi nuevo gran amor. Un amante espectacular, me daba sexo, tanto

como deseara, sin pensar en el sitio ni la hora, un amor intrigante a escondidas del resto del mundo, un deseo ardiente sin complejos ni relojes. Un amante capaz de hacer correrme hasta tres o cuatro veces en el mismo acto; su pene no era como para tirar cohetes, pero sabía muy bien lo que hacía con él, con sus manos y con su boca. No me avergüenza decir que en un solo año me hizo llegar al éxtasis más veces que Lucas en casi diez.

Ese año fue lo que en total duró mi alegría: en cuanto dejé a Lucas y quise entregarme del todo a él, salió corriendo para que no delatara su doble vida.

Y esta es la verdadera historia de mi mayor cagada. Y para más guerra, me estoy dando cuenta de que llevo 23 años descargando mi ira con el hombre al que más daño le pude hacer, y el cual siempre me ha respetado, dejándose humillar y aguantando mis malos modales, y quizás es porque estoy convencida de que este hombre no ha tenido en su vida otro amor que no haya sido yo.

Está claro de que esta era mi última oportunidad para dejar de ser la mujer egoísta que he sido siempre, y aprovechar la desgracia de lo ocurrido. Justo a partir de ahora mismo, pienso ser la persona que fui en los primeros años junto a Lucas, siempre que él lo acepte.

Una mano cálida y sudorosa me arrancó de mis pensamientos, tocándome suavemente el brazo. Pude sentir un escalofrío que invadió todo mi cuerpo. Después de pedirme perdón por haberme asustado, como si todo estuviese calculado por el destino, quería que lo acompañase a la cafetería del hospital para comer alguna cosa, ya que, tanto Lucas como yo, llevamos sin probar bocado desde la una del día anterior. Son las nueve de la mañana, y la idea de comer algo, debo reconocer que nos vendría bien, sugerí.

## Capítulo 2.1

### Buscando mi «yo»

Mientras Frank estaba inmóvil en su cama esperando una reacción en su cerebro, nosotros, estando despiertos, se podía ver claramente, que también esperábamos una reacción en nuestros cerebros, y aunque suene irónico nuestra distancia era más grande que la que Frank tenía respecto a nosotros. Habían pasado 18 horas desde el accidente, los dos estamos sin dormir ni comer, y nuestro hijo no ha hecho la más mínima intención de moverse.

Lourdes, por lo que se ve, no tiene ninguna intención de disimular que me odia, por dejar que ella sea odiosa, durante todos estos años me he esforzado en acercarme a ella sin que haya habido un solo día en el que no me haya mandado a la mierda, en pocas palabras. Y es que en el fondo la entiendo; no deja de ser una mujer que, en una jugada de cartas, acabó tirando toda la baraja para quedarse con una sola, y, convencida que sería el as de oros, acabó siendo un dos de bastos, todo por no leer las condiciones del juego. Lo perdió todo, todo menos el orgullo, ese orgullo que todos estos años no la deja ni vivir.

Para no quedarme a su lado y soportar sus miradas asesinas y sus comentarios despectivos, me era más cómodo pasear por el pasillo hasta desgastar el brillo del mármol que revestía el suelo del hospital; reconozco que a estas alturas habré recorrido unos cuatro kilómetros. Mientras mi ex mujer sigue absorta en sus pensamientos, a mí solo me queda esperar que mi hijo despierte de su

pesadilla, y su madre sepa entender que, si en esta vida se pierde alguna partida, solo queda confiar en uno mismo para conseguir que los demás puedan confiar en ti. Y por mi parte, tener el valor y el coraje para luchar por lo que quiero, sin pensar en ser un fracasado, que solo espera que pase el tiempo para que se lleve la basura que deja cada tempestad de tu vida.

No me cuesta reconocerme a mí mismo que todavía la quiero, es por eso solo, que quizás sea por lo que aguante todas sus descargas contra mí: aunque de siempre ha tenido un carácter brusco, con el tiempo está demostrado que se ha ido perfeccionando en mi contra. Una gran decisión a partir de este momento debería hacerme cambiar, ser el hombre que nunca fui capaz de ser, algo menos flexible, con un poco más de carácter, y sobre todo, mucho más decidido. Dejar de huir de los problemas y esperar que el tiempo se haga cargo de ellos. Hasta ahora, solo he conseguido tener lo mejor delante de mí, y dejarlo escapar sin pelear por nada, y para colmo mi propio hijo me toma como ejemplo, y es una copia exacta de mí. Es el momento de reaccionar para que Frank vea a su nuevo padre cuando despierte, y sea lo suficientemente valiente como para seguir esos mismos pasos. Si todo me sale bien, estoy a tiempo para que mi hijo pueda ser todo lo feliz que me ha faltado ser a mí. Con mis cincuenta y cinco años, no tengo a nadie en quien confiar, nadie a quien amar, por no decir que solo hago el amor cuatro veces al año, y siempre porque me lo ponen en bandeja. Me lleno de barreras por miedo a enamorarme.

Quizás no sea por nada más que por mi gran ilusión por vivir el resto que me queda de vida con la mujer que un día fue mi esposa. ¡Decidido! A partir de este mismo instante, voy a empezar a ser el Lucas que mi hijo tenía que haber conocido desde que nació.

Decidiéndome, sin ningún miedo a recibir una negativa o cualquier contestación agresiva, puse la mano en el brazo de Lourdes, asustándola por mi inesperada presencia, le pedí perdón, y le ofrecí ir a comer algo a la cafetería del hospital. Aceptó.

A las nueve de la mañana, el bufet de la cafetería estaba lleno de gente, y nos pusimos en la cola detrás de unas quince personas que esperaban su turno para coger su bandeja. A punto de llegar el nuestro, un hombre corpulento y trajeado aprovechó el pequeño espacio para ponerse delante de mí y ahorrarse toda la cola.

Esta era mi ocasión para demostrarme a mí mismo que estaba dispuesto a cambiar, que la bondad deja de ser bondad en el momento que dejas que abusen de ti, así que, de una manera sigilosa y poco habitual en mí, me deslicé rápidamente entre el armario y él, cogí dos bandejas, y le comuniqué educadamente que el final de la cola estaba más atrás, porque la divina prisa y nuestro momento lo tenemos todos. Automáticamente, Lourdes se deslizó por delante de él por el otro lado, y, estirando su mano hacia la mía para alcanzar su bandeja, disfrutó defendiendo mi postura ofreciéndole al caballero en voz más alta de lo habitual para asegurarse que los de la cola la escuchaban, la oportunidad de probar a colarse delante de cualquier otro de esta cola, señalando con la palma de la mano a toda la gente por detrás nuestro. Automáticamente, todos se unieron al abucheo, y el guaperas trajeado acabó cediendo sin pronunciar más palabra que «perdón», colocándose en la parte de atrás de la fila. Todo volvió a la normalidad en el bufete, mientras Lourdes me miraba con los ojos como platos y sonriéndome como hacía años lo había hecho. Se humedeció los labios sin contener la sinceridad de confesarme lo mucho que le acababa de poner esa reacción en mí, confesándome que justo en este momento se prometía dejar de ser la hija de puta que había sido durante estos años. Sus palabras llegaron a más: en el momento que me recordó el tamaño de mi pene, combinado con el Lucas que acabó de ver, deseaba dejar esa bandeja en su sitio para arrastrarme del brazo hasta el baño y echarme un polvo que no me dejara mear en tres días.

Me intenté contener todo lo que pude, apreté mis labios fuertemente y, con la mirada de interesante que en algunas ocasiones había ensayado frente al espejo, acerqué mi barbilla al hombro izquierdo, le confesé que, aún deseando hacerlo, la que no podría

sentarse en todo el día sería ella, y quedándonos con todo el calentón lo más sensato en este momento era comer. Acuerdo mutuo y deuda pendiente, la cosa mejoraba por momentos, y va a ser verdad que la positividad y la confianza en uno mismo hace que las cosas vayan saliendo bien.

Elegimos nuestro desayuno algo copioso, porque a estas alturas el hambre apretaba, y sentados en una mesa nada reservada, disfrutamos de nosotros mismos como ya no me acordaba en muchos años. Durante tres cuartos de hora se pudo comprobar que Lourdes estaba totalmente relajada, y que yo era el nuevo Lucas.

Con el café ya en la mesa, después de dar algunos sorbos, la doctora Sala interrumpió por sorpresa nuestra conversación.

—Veo que son aplicados y han decidido hacer los deberes que les he pedido, y como toda reacción tiene su consecuencia, les comunico que su hijo ha tenido su primera reacción, y es cuestión de minutos, o como mucho dos horas, que su hijo pueda volver en sí.

Las dos sillas se arrastraron hacia atrás al unísono, nos levantamos de una misma vez y nos miramos con la complicidad más acertada que nunca habíamos tenido.

—¡Genial! Los felicito. Acabó su conversación la doctora.